

*Norberto Otero, hijo de la caridad, capellán de cárcel, desde España, nos interpela con las palabras de Jesús:*

## **“Estuve en la cárcel y vinieron a verme”.**

**(Mt.25, 36), 2ª parte y final.**

**AL OTRO LADO DE LOS MUROS Y ALAMBRADAS HAY SERES HUMANOS, HAY VIDA...TAMBIÉN ESTÁ DIOS**

Manuel, en la cárcel, ha aprendido a leer y a escribir. Tiene 32 años, es gitano, casado con hijos. Cuando sale de la cárcel y comienza a trabajar, detienen a su mujer, un delito antiguo, había violado la libertad condicional por robar comida en un supermercado, cuando su marido todavía estaba en prisión.

Tiene que cumplir una condena de hace 7 años.

Manuel ha pasado su infancia en un poblado, viendo entrar el agua y el frío en las noches de invierno, acurrucado en un colchón junto a 4 hermanos, con miedo que vinieran traficantes o la policía. Desde los 6 años lo utilizaban para vigilar.

Cuando sus padres caían presos, él se hacía cargo de sus hermanos. Me llama, está con depresión, y se pregunta: “¿Es que no voy a poder hacer nunca una vida normal, tener una familia y ser feliz?”.

Qué fácil es juzgar y condenar, sin preguntarnos los por qué, sin conocer la historia, cuántas veces me digo, si yo hubiera tenido esa infancia, esa historia ¿Qué habría hecho? Esta escuela de vida y sufrimiento me ha ayudado a vislumbrar lo que es la misericordia de Dios, el arrepentimiento, la necesidad de sentirse perdonado, abrazado, querido, a pesar de todo.

Voy a ver a Enrique, estaba en un departamento especial, tenía delito de sangre y otros tipos de delitos que nos repugnan. Hablamos de su vida, de los errores tan graves cometidos, de las consecuencias.

Es un hombre arrepentido, se deshace en lágrimas, está abandonado de sus amigos, su familia e incluso de los otros internos y se pregunta: “¿Es que Dios podrá perdonarme y quererme?”

Humanamente nos desbordan esas situaciones, hay una lucha interior, le oí en confesión, y la imagen del padre y el hijo pródigo se hicieron vida en ese momento. “Nadie me había perdonado, nadie me había abrazado, nadie me quería”. Nos dimos un abrazo. “Dios sí te quiere y te perdona”.

Desde aquel día leo la parábola del hijo pródigo de otra manera, con rostros concretos, y creo que soy más consciente de la necesidad de humildad, de misericordia, que todos necesitamos en nuestra vida y del amor tan inmenso que Dios tiene por nosotros.

**“Dichosos los pobres, los que sufren...”** Hace unos días, había llevado calzado y ropa a un indigente que había entrado sin nada. Estaba muy agradecido. Su nombre es Tomás. A los pocos días entro al módulo a saludarle y le veo venir de lejos, con otro interno, por su aspecto mucho más pobre que él, venía a pedirme ayuda para él y habían compartido lo que días atrás había llevado a Tomás.

Tantas experiencias a diario, allí adentro, de cómo los más pobres comparten. Aquellos muros rezuman evangelio y vida.

Cuántas veces mientras recorro los patios me sale de una manera espontánea la oración del Magnificat. Al otro lado del muro es tierra sagrada porque encontramos a un Dios que sufre **"...estuve preso y vinieron a verme..."**

No todo es bonito, a veces la violencia, la muerte en los patios o en la celda, forman parte de la historia de algunos días.

Pero hay pequeñas luces, pequeñas semillas de esperanza. Mariano venía emocionado después de visitarle su hijo de 12 años, le había dicho abrazándole: "Para mí tu eres el mejor padre y siempre te querré, nunca te voy a dejar". Cómo era eso del "hijo pródigo" o el "padre pródigo". Es el misterio del Amor y la Misericordia.

En una Eucaristía en el módulo de mujeres, estaba Lola con su hijo Daniel de año y medio. Estaba dándole el pecho y hablábamos de dónde encontramos esperanza y cómo Dios nos ayuda. A ella se le saltaron las lágrimas y apretaba a su hijo Daniel contra su pecho y decía: "Dios me da fuerza a través de este niño, su mirada, su sonrisa, me da fuerza para llevar el peso de cada día". Daniel echó a gatear por el suelo y se vino a mis brazos en el ofertorio, como recordándonos que Dios nos salvó haciéndose niño, frágil para que podamos acogerle. Nuestra esperanza en el Adviento es la espera de un niño.

Hay tanta vida, hay tanto de Dios, cuando vamos con los voluntarios, venciendo sus miedos, la ilusión y constancia de las religiosas que nos ayudan, alguna de las más mayores. Con qué sonrisa y ternura hablan con los internos.

La acogida de cada uno de ellos, no es sólo hablar y dar palmaditas, intentamos ayudarles en sus necesidades concretas materiales, ya que hay muchos que son indigentes, o ya no tienen a nadie y necesitan que les ayudemos en el vestido o el calzado o para poder tomar un café. Es un compartir con ellos, cómo sino hablar de un Dios Amor, si cuando necesitan algo material, decimos: ¡Ah, no es nuestro problema! **"Tengo compasión de esta muchedumbre... Abandonados como ovejas sin pastor... Despídelos, Señor, que ya es tarde, que vayan a buscar comida... Denles ustedes de comer... Si no tenemos nada..."**

Creo que soy un privilegiado, por vivir mi ministerio de cura en este lugar. Siento que Dios, a través de la Iglesia, me ha dado esta misión. Hay tanta necesidad de escucha, de perdón, de esperanza, de luz, de vida, la Iglesia puede dar mucho a través de los cristianos en estos lugares tan des-conocidos para la mayoría. A pesar de los muros tan altos Jesús nos sigue diciendo: **"...estuve preso y vinieron a verme..."**

**Norberto Otero, f.c.**